literatura

incitaciones para viajar al extranjero percepción de tres libros

por Argelio Gasca

I) EL MIEDO A LA LIBERTAD:

¿Cómo lo dirías, si sólo acuden la inexpresiva anécdota y el adjetivo que mata? ¿Cómo podrás comunicar tu estupor o tu escepticismo o ese grotesco extrañamiento que maneja ahora todos tus actos? Piénsalo bien, aquilata el peso rotundo de la realidad: el país progresa, el país se abre, el país reconoce sus viejas culpas y todos –jóvenes y viejos– trabajan con el país, para el país, por el país. Acepta: (no sales aún de tu perplejidad) tú creías que la Historia suele elegir derroteros visibles, audibles, táctiles; tú creías que la Historia es Revancha. Convéncete: la gente no oye, no ve, no toca. Ese Monstruo sólo piensa, sólo siente: los hechos son demasiado externos para ser vividos, los acontecimientos y las desgracias colectivas se acumulan en los archivos, son datos para la erudición, rasgos de una época, pormenores. Lo que importa es el aquí y el ahora.

Como dice Aristóteles, cosa es verdadera: el mundo por dos cosas trabaja: la primera por aver mantenencia; la otra cosa era por aver juntamiento con fenbra plazentera.

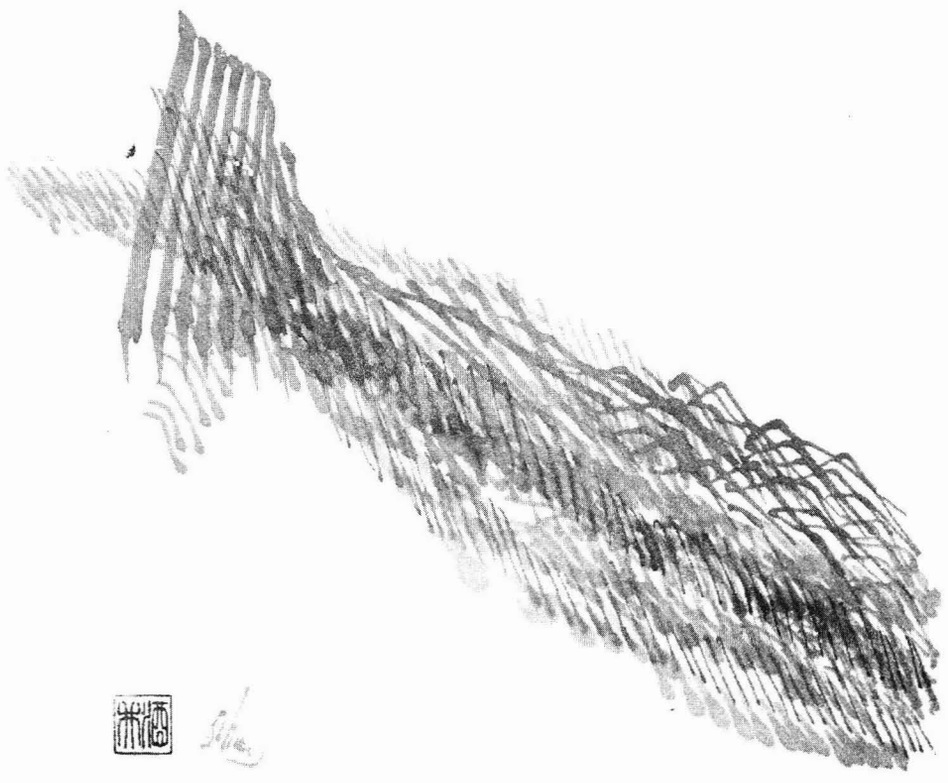
Traduce los discursos, la tranquilidad de los rostros, el deseo de esforzarse: esa nueva y juvenil tenacidad, esa vieja y sólida credulidad. Acepta, convéncete, trabaja: preséntate en la oficina muy temprano, elabora informes optimistas, piensa en el porvenir, piensa en tus hijos. No temas: tu libertad está asegurada. Pero no busques venganza: deja que los muertos entierren a sus muertos, deja que otro 2 de octubre borre la huella de aquel otro 2 de octubre. Porque ésta es la hora de soñar. Y mira: el país entero sueña, y el país entero es distinto.

O UN LIBRO DE BUEN ODIAR (:LA NOCHE DE TLATELOLCO)

Resulta harto difícil, por no decir que absurdo, llegar a dilucidar a través de sólo tres libros la paradoja de un país, sea éste un país vivo o un país muerto. O, más barrocamente, un país paradójico: para nuestra atroz felicidad, México parece haber conquistado para sí (más allá de su imagen, en su reiterada autonominación) la esencia misma de lo contradictorio. Y no porque el país (o su vida pública) se contradiga, supuesto que apenas establecería la flexibilidad de un lugar común. Sino porque México es capaz de contradecir hasta la propia contradicción. México: tierra del descontento sumo, único lugar del mundo donde la culpa da origen a la autocomplacencia, sitio donde todo es posible, hasta la paz. Y esto último no es mero regodeo gratuito y gozoso: a menos de tres años de distancia, hoy por hoy hacemos ya la crónica de nuestro desengaño, colocamos en el marco de la Historia nuestra tragedia y nuestro crimen. Pero ello para alegrarnos, para tranquilizar a los *demonios*, para poder decir aquí entre nos que México –después de todo (y en el todo incluimos nuestros peores pecados pues no conocemos las virtudes)–, después de todo México es maravilloso, nuestro amado país, raíz y meta de nuestros esfuerzos unidos y aislados. En torno a. Gracias a la acertada dirección de. Le cambiamos el nombre y borrón y cuenta nueva: México, después de todo, es habitable.

Y he aquí el primer libro: *La noche de Tlatelolco* de Elena Poniatowska.* Tal vez no sea el libro (ni su título) lo verdaderamente sorpresivo. A uno le parece más fructífero observar a su público, a sus lectores. En realidad es esta relación (la que se origina al aparecer el volumen en las librerías) la que lo vuelve interesante, la que lo hace merecedor del comentario. Porque a cualquiera le parecerá evidente que el tema (la anécdota, su desarrollo y los accidentes colindantes) es chisme de todos conocido: llegó a ser asunto capital de miles de conversaciones durante por lo menos un año: ya nadie ignora lo que desde 1968 quiere decir Tlatelolco, todo mundo sabe que aquello ocurrió o tuvo su luctuoso o amargo desenlace en una noche, etc. Y etc. (Aunque no estaría por de más investigar lo que cada uno de los que escucharon tan interesante reseña logró integrar en el campo vastísimo de su particular imaginación: ¿cuántos cuerpos destrozados vio? , ¿cómo se representó la expresión de angustia que seguramente invadió los rostros de los miles de personas congregadas *allí*?) Y etc. Porque en verdad en verdad os digo que somos unos tremendos amadores y, en consecuencia, somos también unos dulcísimos y morosos odiadores. Como buenos mexicanos, nos sabemos de memoria el iris de emociones que se confabula entre los extremos de un sacrosanto péndulo sentimental: busca al objeto de tu amor y descubrirás a quién debes odiar. Pero si acaso te cuesta un poquitín de esfuerzo dar con él, no te preocupes: los diarios, los discursos de nuevo cuño, los recientes vaivenes de una política siempre sabia te lo señalarán, porque *él* es hijo de sus obras. ¿Verdad? Así, el libro de Elena Poniatowska se estructura a partir de una realidad sustancialmente emocional: no busca despertar el análisis (imposible en un país que no sabe si vive o muere para echarnos a correr), no persigue dar a conocer o hacer visibles los resortes ocultos (un día, un periodista extranjero me preguntó: ¿viste los soldados heridos, los tocaste?), ni siquiera se interesa por ubicar el pavoroso acontecimiento a la luz del espacio político: quiere provocar (provoca), insiste

* Elena Poniatowska: *La noche de Tlatelolco*, México, Era, 1971



en enfurecer (enfurece), se desborda en minucias dolientes y dolorosas cercanas a la perversidad de una revista policiaca, concita ese entusiasmo alaraquiento y lacrimoso que a diario convoca la televisión: en sentido inverso, pero también en los hogares. Hay parcialidad en este enfoque: *La noche de Tlatelolco,* como la derrota del vasconcelismo, como la rabiosa inocuidad del PAN, como las falacias de la prensa, se ha vestido ya con ese resentimiento tan característico de las conversaciones de sobremesa: no es el libro de Elena Poniatowska (con sus madres atormentadas recorriendo la ciudad, con sus hermanos airados endureciéndose, con sus estudiantes programáticos en acto de lucidez) el que produce la indignación: la satisface volviéndola coherente y, por eso, la hace más llevadera, más parte de la costumbre y del olvido: la torna fatalidad, le da el nombre de tragedia. ¿Y qué otra cosa puede ser una demostración tan extrema de autoritarismo e indiferencia? La desazón de Edipo brota de una seguridad: ni siquiera la ceguera pondrá fin a su ignominia, ha quedado ciego y el coro (sus semejantes) sólo puede compadecerlo. Compadecimiento y canto de dolor (acompañamiento y catarsis) es lo único que en las actuales circunstancias una periodista como Elena Poniatowska puede otorgar a sus lectores. Lección de injusticia, invitación al lamento. Porque el país (la suma de seguridades y de asentimientos arrancados al silencio) es, en su totalidad, culpable. Porque la oposición (y esto cualquiera que tenga padres que no son influyentes y que ha vivido con ellos puede decirlo), la oposición no se reduce a la enemistad de una secta: encarna en la totalidad de la población, no es ni de derecha ni de izquierda: es apolítica. Y éste es el crimen.

En fugaces instantes, en fragmentos de página que sólo el buen lector llega a aislar, por el libro de Elena Poniatowska cruza y desaparece velozmente el compromiso, un dedo acusatorio: declara un oficial del ejército vestido de civil y encamado en la cruz verde (pertenezco al Batallón Olimpia), declara el secretario de Gobernación... Es el miedo a la libertad dudosamente concedida, el miedo del disidente a perder su empleo y dime qué puedes hacer si no tienes ni para comer, la adecuación táctica que aún espera rescatar algo de la vieja democracia... En el fondo es sólo la indignación, muy humana, muy lógica. Y ha aparecido un libro que testimonia esa indignación. Y nadie lo ha prohibido. Y estoy aquí leyéndolo. Y odio, odio... al causante. Porque ahora, gracias a esa libertad (esa libertad que me hace temer) ya sé quién es el culpable. Y lo odio. Y tal vez lo maldigo: ha llegado la hora de la reconstrucción, reconstruyamos. Mi conciencia está tranquila.

II) ¿AGUILA O SOL?

> Cuando llego a las letras fatales, la pluma retrocede: una prohibición implacable me cierra el paso.
>
> OCTAVIO PAZ

¿Y qué puedes decir tú? Detrás de esos trajes bien planchados, detrás de esos títulos pacientemente adquiridos, no se esconde ni una mentira ni una necesidad. ¿Tú qué puedes decir? Tú vas a tu oficina, regresas, lees un libro, acaso lo meditas, comes, duermes: nada más. Como un accidente gramatical, como un verbo al que sólo le cambian el tiempo, tú estás ahí, en el libro patrio: un nudo que por inercia aprietas cada día. Rescata: tu amigo íntimo te dijo el jueves pasado que él no va a pasársela esperando, no hizo una carrera porque sí, sus ideas no son fijas y no se puede ir contra la corriente. ¿Qué tienes tú contra todo*? Contra* todo. *Todo se está esforzando.* Todo *desea el cambio radical de las estructuras.* Todo *se autocritica.* Todo *trabaja.* Todo *piensa.* Todo *lucha.* Todo *las 24 horas de* todo *el día. Claro que hay sujetos irresponsables, malos patriotas, hombres corruptos. Pero* todo *los liquidará.* Todo *está decidido a* todo... *Pero tú. Tú te reconoces negligente, meláncolico, típico outsider. Nada de todo te interesa. En realidad no crees. O mejor dicho: no entiendes: ¿cómo es posible? La historia es solamente un disco de larga duración?*

–Se acabó la música: vuelve a poner el disco.

Pero entonces los hechos no se ordenan como tu estás acostumbrado: la gente no está cansada, es otra fiesta. Los asistentes se fueron a sus casas, se cambiaron de ropa y ahí los tienes de nuevo: relucientes, bien vestidos, felices.

–Pongan de nuevo el disco.

Y los asistentes bailan otra vez. Ah, lo que pasa contigo es que te aburres:

–Estás hastiado de la vida muchacho, los libros te han confundido.

Siempre es la misma fiesta, siempre son las mismas cárceles, los mismos entusiasmos: idénticos delitos, idénticas palabras.

–¿No lo sabías?

Ni siquiera Dios cambia. Cambia su nombre solamente.

O LA ADOLESCENCIA ES TIERRA ARADA POR UNA IDEA FIJA (:LOS DIAS Y LOS AÑOS)

Daniel Cohn-Bendit ha dicho que todo hombre mayor de 29 años es una porquería o algo así por el estilo. Pero tamaña afirmación (no es fácil perdonársela, no es fácil) fue fácilmente desdeñada por la vieja guardia ortodoxa: no expresa una ideología sino un *novedoso* modo de filosofar, comentaron con sorna (y la cursiva es de ellos). Casualmente, ese *novedoso* modo de filosofar suprime la capacidad demarcadora de las ideologías:

–No me importa tu origen social, chavo: me impresionan tus cuarentaitantos años.

–Estás frito, viejo, perdóname.

Abierta declaración de fe que es impugnada muy a la mexicana:

–Usted no es un universitario. Usted es un irresponsable.

–A mí no me vas a enseñar, soy todo un abogado: córtate el pelo.

La diferencia salta a la vista: ni Cohn-Bendit ni otros jóvenes en otros movimientos buscan mostrar una actitud: no son ejemplares sino renovadores. Basta con observar detenidamente su ansiedad o su cólera (vaya usted a la Universidad e intente hablar en una de sus asambleas) para descubrir

que las palabras no les interesan: les estorban. Su afán no es de definiciones (usted terminará llorando y les confesará su fracaso como profesionista), ni de actos notables. Buzos de este mundo (que usted les ha heredado), parecen haber tocado fondo y se obstinan en caminar bajo el peso de las aguas: son profundamente descriptivos. Ellos no están dispuestos a mentir ni a dejarse engañar (como usted lo ha estado siempre: ése es al fin su oficio). En ellos las palabras del amor *describen* una fuerte reacción sensorial experimentada con otro (: espántese, espántese). Y lo demás es el mundo: publicidad, periodismo-vendido-deprisa, concentraciones populares programadas. (Pero lo que a usted le molesta es otra cosa:) En su relación con el mundo, los nuevos iconoclastas luchan por imponer sus propias reglas. Lo cual equivale a decir que se empeñan en transformar al mundo. Lo extraño (lo que a usted, desde su puesto de mando, lo irrita) es que no son un partido, no son una organización, no son tampoco una secta: cuando una nueva sensibilidad irrumpe, manifiesta visos de abstracción pura, se alía con los extremos y es incapaz de hablar: para hacerlo tendría que valerse de un lenguaje totalmente contaminado por su peor enemiga: la sensibilidad agónica que impugna. Por eso, ellos nunca expresan nada concreto (y usted se descorazona, pues usted sabe que todo lo concreto lo detenta usted): aluden, recortan, trazan los rasgos de una silueta que el día menos pensado se habrá vuelto tan concreta como nuestra agresiva manera de mirarlos, de enfrentarlos (: oh, antes de que eso ocurra usted los reprimirá, usted tiene el Poder de hacerlo).

Pero toda la anterior caracterización se volverá velozmente vacua si no se registran distinciones. Hoy por hoy manejamos estos precarios instrumentos analíticos (desdentados y canibalescos), más no es lo mismo un chavo de la onda que un líder estudiantil. Vayamos, pues,

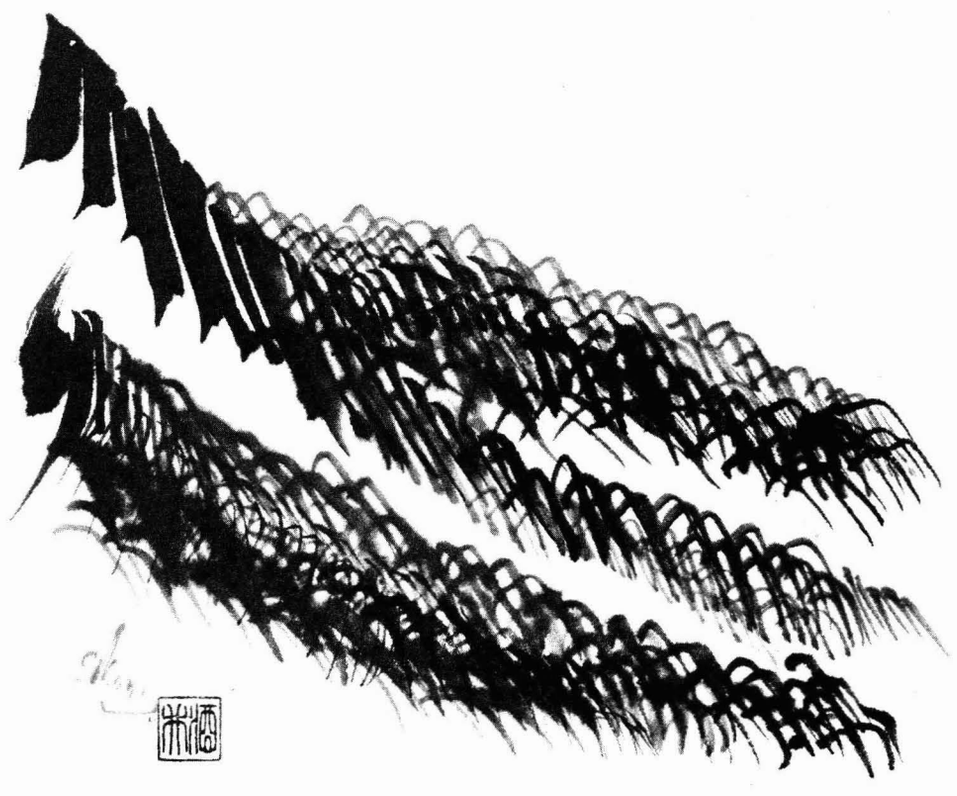
HACIA EL POEMA

Para nosotros (los que estamos más allá de los 30, amantes del fracaso como esplendor, de la disidencia como hábito, del poema como una sed al margen), para nosotros la lucha de clases es una ley que se impone o fracasa, pero no reconocemos otra lucha. Divertidos, asistimos a un deplorable espectáculo: cuando de ese dogma se quisieron extraer consecuencias políticas se integró la CTM, se hizo célebre un periódico como *El Día*, los intelectuales asumieron los puestos de mando. Ciertamente, se descubren matices, aclaraciones necesarias, esfuerzos bien intencionados. Más ellas no consiguen salvarnos de las dudas implícitas en la afirmación de Cohn-Bendit: nuestra moralidad se nutre de actitudes, se nutre con definiciones: desbordantes niñerías en las que privan las palabras. Las palabras fácilmente ubicables: *los yo, tú, él, tejedores de tela de araña, pronombres armados de uñas.* Las palabras como escudo: *las divinidades sin rostro, abstractas.* El estar inmerso en el mundo dejándose arrastrar por lo que se dice y lo que se piensa: *El y nosotros, Nosotros y El: nadie y ninguno.*

En cambio, un joven como Luis González de Alba* (calladamente expatriado) encuentra el ámbito de otras aguas: *Por todas partes los solitarios forzados empiezan a crear las palabras del nuevo diálogo.* Y él es uno de ellos. En *¿Aguila o sol?* Octavio Paz descubrió hace más de veinte años la luz opaca de esta generación por lo pronto muda. No inexpresiva: muda. Su silencio forma parte de un programa: no pontificar (ni hacer uso de palabras así), no establecer fronteras, no cerrar el mundo. Podría afirmarse que en *Los días y los años* cuaja la visión del poeta: *Hablar por hablar, arrancar sones a la desesperada, escribir al dictado lo que dice el vuelo de la mosca, ennegrecer.* Luis González de Alba quiere correrse el riesgo de escribir una novela únicamente con lo que tiene a mano: "la mañana de las pláticas, el cuarto de baño, el agua tibia, (. . .) el color de tu pelo, (. . .) el rumor de miles y miles de pasos de gente que avanza en silencio, las calles de donde se ha ido la luz, la policía, el ejército, el temor, los reglamentos, y sólo queda el destello breve de la libertad que no conocíamos hasta que vivimos esos días, los regresos irreales por avenidas sin luz, por calles donde no existe el poder, ni la violencia, ni los pistoleros (. . .), la sensación de estarlo cambiando todo, de colaborar con alemanes, franceses, italianos, checos, argentinos, brasileños, uruguayos, yugoslavos, chilenos, holandeses, japoneses, norteamericanos, polacos, para cambiarlo todo, (. . .) los números rojos en el elevador, (. . .) el olor a sal, tus manos en mis hombros. . ." No se malinterprete: se trata de un libro de intención difícil. Quiere testimoniar: el autor se niega a ser sólo testigo. Quiere ser portador de una nueva verdad: el pensamiento no acaba de nacer, se diluye en inacabables discusiones, el autor balbucea su percepción. Así, en el desorden fluido de la memoria, con el dato elemental de los hechos, es construida una novela que es a su vez preámbulo: "pasadizo secreto que lleva a otra": novela. La obsesión por un mundo distinto consigue introducirse y se extiende: ya no es un libro, es un sueño, el sueño de la nueva sensibilidad.

Resulta obvio, la realidad por la que Luis González de Alba lucha (por la que lucha en México toda una generación) no es visible. Su perfil sólo se deja adivinar por el contraste: es hija de *Tedevoro* y *Tevomito*, descendiente de *Tli* y Mundoinmundo, respuesta a la *Carnaza*, la *Carroña* y el *Escarnio*. La otra cara de la vida: ¿águila o sol? La suerte está echada. La moneda bailando en el aire su mortal danza, el apostador convencido: de cualquier modo él ganará. No porque no tenga nada que perder, sino porque lo perdió todo cuando se inició todo: en 1968. La contracrónica de Luis González de Alba halla útil reconstruir los hechos por vía de la interrogación: ¿hicieron todo lo que podían hacer? , ¿son sus errores remediables? El líder de un movimiento estudiantil insólito para el país, un joven con menos de 29 años en su curriculum y cerca de tres pasados ya en prisión, busca develar, valiéndose de su propia biografía, no el sendero sino la meta: "En México, después de ver, el 1o. de mayo, los retratos de Días Ordaz que cuelgan desde las azoteas del Departamento Central hasta el suelo, nadie puede imaginar un espectáculo semejante con otro rostro ¡y en nombre del socialismo! , sin sentir escalofrío". Y a la discusión sucede el monólogo áspero y desesperanzado: "¿Estaremos condenados a ser perpetuamente promiscuos? " Y paralelos a la revisión minuciosa de cada circunstancia ("los primeros días de la huelga. . ." / "en esos días quedó

* Luis González de Alba: *Los días y los años*, México, Era, 1971.



integrada la representación de las escuelas. . ."), de cada humillación aumentando la ofensa de la cárcel ("En la pared de enfrente hay una mancha de sangre". "En ese momento ya se habían escuchado los primeros disparos"), emergen dos sentimientos luminosos: la soledad y el terror. Una conciencia se abre a la poesía y otro mundo se cierra en la impudicia: 2 de octubre vs el porvenir. Versus la otra cara de la vida: ¿águila o sol?

En 1949, Octavio Paz advertía: *cuando la Historia despierta, la imagen se hace acto, acontece el poema: la poesía entra en acción.* Libro no magnífico, sí dueño de un extraño esplendor, en *Los días y los años* empieza a tomar cuerpo el plan político de la imaginación. Paz concluye:

Merece lo que sueñas.

III) LA VIDA EN MEXICO

> El mexicano de hoy anhela ser contemporáneo de todos los demás hombres del siglo XIX. Carlos Monsiváis

Quizá nunca debiste haberte desacostumbrado. Recuerda: tu padre votó siempre por la oposición, pero en realidad le daba igual: siempre ganó el candidato oficial. Tu padre anhelaba que alguno de sus hijos llegara a Presidente.

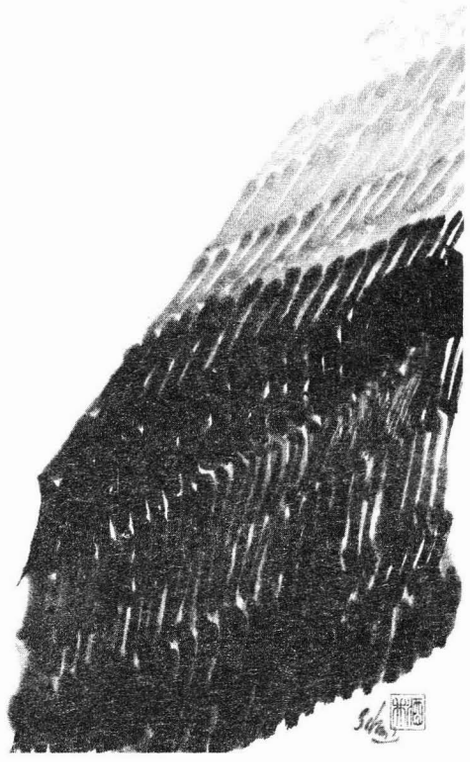
Quizá nunca debiste haberte desacostumbrado. Recuerda: tu adolescencia fue apolítica: lo contrario te habría parecido mercenario y corrupto (pero tú no sabías por qué). Por eso alguien pudo convencerte: la poesía es para el pueblo. Y López Mateos pasó a ser tema de tus conversaciones: tan fino él, tan emocional mano, tan trágico el compañero.

Quizá nunca debiste haberte desacostumbrado. El gobierno insinuó las asechanzas de nuestra vecindad con el Tío Sam. Y todos tus cuates se hicieron populistas. Recuerda: uno de ellos narró sus experiencias en un tremebundo poema sobre las maldades del Don Juan; otro comparó a México con la Rusia zarista (se imaginaba que era la reiteración de Tolstoi) y dijo que nuestros campesinos eran unos mujiks (se imaginaba el alma reencarnada de Dostoievski): compró camisas de cuello redondo y botones al hombro y se fue al campo.

Quizá nunca debiste haberte desacostumbrado. México resonó en tus oídos. México fue un llamado popular. México: querías irte al extranjero para poder construir la teoría proletaria de la Revolución. Recuerda: te fascinaba Londres, y eras rígido.

En cambio ahora. . . Las obras maestras ya no te interesan. Ya no atacas a Cristo. Y cuando lees aquellos versos de Cavafis (versión de Lawrence Durrell traducida por Aurora Bernárdez):

¿No comprendes
que al arruinar tu vida entera
en este sitio, la has malogrado
en cualquier parte de este mundo? ,



piensas que Cavatis nunca se imaginó que un *sitio* como México pudiera existir.

INTERMEDIO: A LA MANERA DE ABEL QUEZADA

Padre: ¿Qué quieres ser cuando seas grande, hijo?

Pepito (a los 13 años): ¿Yo? Idiota, papi.

Padre: ¿Idiota? ¡Hijo, destruyes todas mis ilusiones! ¿Por qué?

Pepito: No te la jales, jefe. Quiero ser como todos los idiotas que hay en México. ¿No dices que don Carlos es un idiota? Pues ya ves: ya llegó a diputado. ¿Y a don Fernando no le dices también idiota? Pues él ya tiene su Mustang. *Yo quiero ser como cualquiera de ellos.*

Padre (satisfecho): Muy bien, Pepito: yo sabía que eras un muchacho muy inteligente.

DURANTE UNA ESTANCIA DE 33 AÑOS EN ESE PAIS

(:DIAS DE GUARDAR)

¿Qué es una crónica: qué quiere decir *Días de guardar*? * Y por extensión: ¿qué es un cronista: quién es Carlos Monsiváis? Semejante igualación lógica lleva implícito el riesgo de las generalizaciones: a nadie se le ocurre imaginarse a Bernal Díaz del Castillo corriendo detrás de Cortés libreta de apuntes en la diestra, aunque muy bien podría uno representarse a la Malinche posando (descocada) ante un prematuro fotógrafo. Pero deslindemos: ¿qué tiene que ver la Conquista con Carlos Monsiváis? , ¿acaso halla asilo Cortés en *Días de guardar*? La respuesta finca una unión del sí y del no tan exageradamente bochornosa que por lo pronto vale más postergarla.

Mientras tanto, atengámonos a los conceptos. ¿Qué es una crónica? El maestro de primaria se precipita raudo con su definición: una crónica es un pedazo vivo de la Historia. Y el cuate aclara: más bien es una época de la vida que está a punto de perderse irremediablemente. Más existenciales, mucho más solemnes, sospechamos que nuestros cronistas conocían el juego que jugaban: viejos, generalmente en el exilio y en la miseria, su horizonte recuerda el del hombre que inicia un negocio y luego lo abandona sin esperar a que llegue a ser el jugoso consorcio que los inversionistas americanos conseguirán levantar sobre las cenizas de sus sueños. Crónica: evocación. Cronista: reconstructor de lo que ya empieza a ser Historia. Pero advirtamos: en México, cada día de nuestra vida ciudadana es Historia. Así lo consagran los encabezados a ocho columnas cotidianos: el ritual de la frase presidencial, la sacralización de todos los actos gubernamentales. La Historia es entonces mecánica: desconoce lo insólito y por ello las escalas de valoración o las orientaciones políticas. Cuando la orientación es unívoca, el matiz es bizantinismo estéril, las escalas reptan en la horizontalidad. Aquí emerge una dicotomía (una oposición no oficializada) obvia: los cronistas han escrito sus pesados volúmenes con afán interpretativo: no se trata de narrar sino de volcar luz sobre los hechos. Un cronista sólo puede ser un disidente: la crónica pretende corregir la versión oficial. El cronista nunca puede ser partícipe: o evoca o se margina: se venga o abandona la fe. Los cruzados egresan de las agencias de publicidad, de los estudios de la televisión, de las publicaciones subsidiadas. El cronista sólo puede surgir del racionalismo, de la muerte de los dioses, de la amargura. Carlos Monsiváis es un periodista que rechaza, un escritor que no puede posponer sus resentimientos, un mexicano que se obstina en no serlo.

Ahora enfrentémonos a otra contradicción: en un país en donde todos los actos son de fe, la disidencia origina otra fe, paradójica y reconcentrada. Una fe fortalecida por su evidente debilidad. De aquí que la crónica pueda parecer *la otra versión:* Carlos Monsiváis y la Mafia, Carlos Monsiváis *es* la Mafia. Pero los políticos mexicanos carecen de verdadera formación: la crónica no es un sectarismo. A esa falacia, argumentada por un supuesto democratismo polémico, responde la realidad. Casualmente, la crónica nunca es rebatida: se le impugna. La ausencia de argumentos con que gobierna todo autoritarismo puede empobrecer a la crónica, pues arrincona su análisis a un único punto de vista, mas ciertamente no la invalida. Muy al contrario, la autentifica, la hace partícipe, la incluye en un contexto que ella, ya de suyo, rechazaba. La Historia se vuelve así oposición: no se nutre del pasado, sino del futuro; no espera corregir el presente: simplemente lo niega. No es difícil describir el círculo fenoménico originado por esta circunstancia: Carlos Monsiváis es resultado del aislamiento (propuesto "desde arriba") que soporta la Mafia, que a su vez es resultado del aislamiento que sufren todos los escritores mexicanos, que a su vez es la esencia de toda literatura escrita en México, etcétera.

Pero no es tan sencillo. Como bien dice Monsiváis: "la Mafia no existe". Es una entelequia de consumo doméstico, una mojonera. Pues la retórica repetitiva tiene una fe ciega en la abstracción (y en muchísimas otras cosas): no comprende el lenguaje. Obviedad: abolir el presente es asumirlo. El cronista se impregna de su tiempo: nada en él, bebe de él, lo perfecciona. Paradoja: el cronista no piensa jamás en la Historia, su afán consiste en rescatar lo único que le queda del presente: un cronista siempre escribe en pasado. De ahí el contrasentido de la crónica actual: nada tiene que rescatar, todo está *demasiado* vivo todavía. Lo cual conduce a otra paradoja: el escritor que escribe *fuera del tiempo,* para el breve silencio que en México sigue a toda publicación, está condenado a la crónica: su texto pertenece siempre al pasado. "Qué le vamos a hacer": así es México. Un país en donde la literatura, si lo es, jamás pertenece al presente. Octavio Paz, Carlos Fuentes, Fernando Benítez, Carlos Monsiváis, José Emilio Pacheco, José Agustín, Gustavo Sainz: todos ellos han hecho Historia primero, después literatura. La Mafia: esa creación oficial, ese reducto, esa disidencia forzosa en el país de la no-inteligencia.

Días de guardar: días en conserva, días que ya están allá, ante los lectores azorados de un siglo venidero. Carlos Monsiváis: cronista por amor a la literatura, cronista para devolver el aislamiento que una constancia semejante logra ganar en México, cronista por haber cedido a la seducción de los libros y descubrir luego perdida la fe. Disidente y amante de la disidencia: historiador irremediable, inmaduro tenaz y confeso convertido al humor. Es absurdo acumular asociaciones. Se ha dicho que Monsiváis ha tenido el talento de provocar significaciones insólitas en nuestro empobrecido lenguaje. Que al habla esclerótica de una falsa unidad nacional ha opuesto la ironía autodestructiva y vivificadora: contra la solemnidad, la chunga, el relajo. En fin, se ha dicho que es un escritor. Pero en realidad –como lo ha puntualizado ya José Emilio Pacheco– Monsiváis es una leyenda. El es la Mafia. El es el silencio mordaz y la cultura en desorden cristalizando en la caricatura despiadada del mexicano hacendoso. El periodista que arma su nota precisamente con sus reticencias. El heterodoxo sumo. El representante plenipotenciario de ese otro poder autoritario: la cultura nacional. Carlos Monsiváis: el cronista de nuevo estilo: el que opone su difícil frase (sintaxis articulada con adjetivos cotidianos y vergonzosos, conceptuación sartriana disfrazada de desmadre) a la suave ironía complaciente de quien ya se ha ganado el nombre de una calle antes de morir. Carlos Monsiváis: un esnob para unos, un chavo mafioso para otros. En realidad, un escritor fabricado en duros años de trabajo penumbroso y entusiasta. Carlos Monsiváis: el conocido narrador que publica su primer libro en forma tras diez años de fama. Carlos Monsiváis: suma de una simpática lucha librada contra el silencio.

Porque, aunque sea difícil aceptarlo, *Días de guardar* es sólo el resultado de 33 años de estancia en ese curioso país que es México. Estancia, no residencia. Provisionalidad, no decisión tomada. Sólo en semejante actitud resulta tolerable: la estancia proporciona la comprensión de los mitos y la indiferencia ante los hechos desnudos; la residencia, en cambio, asimila, carcome, destruye. No es casual que en *Días de guardar* México sea un inmenso espectáculo merecedor de nuestra asistencia: los colores del México acogido en las páginas de *Días de guardar* se parecen excesivamente a los colores del México que toleramos cotidianamente, pero no son rígidos, no chillan, se comparan más fácilmente con los colores de cualquier otro país. *Días de guardar* o imágenes im-probables: logros, desgracias irreversibles. Crónica entendida como análisis y recreación, *Días de guardar* está más cerca de nuestras posibilidades históricas que todo ese optimismo con el que, pétreos, tratamos de olvidar la más evanescente de nuestras derrotas: no conocernos. Y para construirla, Carlos Monsiváis no ha hecho sino volcar sus referencias, le ha bastado con organizar su difícil escepticismo en un lenguaje fincado en la base de una deficiencia ancestral: en el colmo de la incomunicación, un violento barroquismo clarificador se anuncia súbitamente. La cultura como anacronismo le plantea al escritor la necesidad de un recurso estratégico para sobrevivir en un mundo de pancartas y concentraciones artificiales: al contemplar el auge de un renovado entusiasmo sexenal apoteótico, Carlos Monsiváis siente vergüenza y se dispone a rescatar "una frase, que perteneció a Rubén Darío y que Octavio Paz insertó en uno de sus poemas:

Saluda al sol, araña, no seas rencorosa".

IV) EPILOGO O INCITACION SUMA:

Y un día no se leerán más poemas en público. Y tú no tendrás que llevar el cabello largo o corto. Y se escribirán novelas magníficas sin relación alguna con la política. Y verás todas las películas extranjeras que se hayan filmado ese año. Y no tendrás que explicar lo que quisiste decir con esa metáfora. Y... Desengáñate hijo mío: estarás viviendo en otro país.

México, mayo, 1971.

*Carlos Monsiváis: *Días de guardar,* México, Era, 1971